

estímulo de aliciente tan poderoso como lo es el de una recompensa eterna, sin aquellos misteriosos influjos sobre el alma, que iluminan el entendimiento, impulsan y arrastran la voluntad, enternecen el corazón, abaten el orgullo, estimulan en la desidia, alientan en el cansancio, despegan del mezquino interés, agradan y elevan todas las ideas, purifican, avivan y ensanchan todos los sentimientos, sojuzgando de un modo tan inefable, como dulce, como eficaz al hombre entero; sin todo esto que en la Religión de Jesucristo se encuentra, y solo en ella se encuentra, el débil hombre contrariado, combatido por muchos, muy astutos y poderosos adversarios, vacila, se desalienta, se abate, retrocede pusilánime en el mismo camino en que poco antes le empeñara con ardimiento un impulso benéfico y generoso; y acaba por abrir su corazón al seco y desapiadado egoísmo, para que ese monstruo encogido y adusto asiente allí su aislado trono, y dirija con interesadas miras todos los pasos y acciones, desordenando todos los planes, embarazando la ejecución de los mejores proyectos, y secando en la misma raíz toda planta, que pudiera producir para la desgraciada humanidad, algún alivio y consuelo.

Y he aquí porqué somos deudores á la Religión cristiana de la idea, plantéo é incremento de toda clase de establecimientos de beneficencia; he aquí porqué se arriman á ella como hijos á la madre, para que los nutra con su leche, los vivifique con su calor y los favorezca con sus cuidados y ternura. No es de este lugar el tejer la historia de estos establecimientos, pero bien puedo dirigirme con entera confianza á cuantos se han ocupado en el estudio de ella, y preguntarles ¿si no es verdad que en todas partes, y en todas épocas los encuentran enlazados con la Iglesia, colocados á la sombra de la Iglesia, pegados sus edificios á los edificios de la Iglesia, y si no los hallan siempre vigilados, dirigidos por los prelados de la Iglesia?

Y al pensar en los grandes beneficios que por este medio se proporcionaron á la humanidad desgraciada, al recordar que este medio es escogitado y realizado por la Iglesia, y que cuando ella empezaba á ejercer con libertad su acción y desenvolverse en grande sus planes, se atravesó de por medio el trastorno que sumergió en un caos la sociedad; ¿no puede tenerse á gran dicha, que en los calamitosos tiempos que siguieron á aquella catástrofe, se reunieron en manos de la Iglesia pingües riquezas, que le suministrara

medios de hacer el bien en abundancia, enseñando á los pueblos el hacerlo de manera que asegurando el provecho, y regularizando los beneficios de la caridad sobre bien entendidos sistemas, evitase los inconvenientes, y el desperdicio, que consigo lleva no pocas veces, la beneficencia ejercida sin plan, y como al acaso? Al recorrer la historia de aquellos tiempos, en que las leyes estaban sin fuerza, las costumbres sin freno, las violencias sin dique, los corazones sin compasión ni ternura, ¿quién no se ha detenido con placer en aquel hermoso hecho que nos consigna la historia, de que casi todos los monasterios y casas de canónigos regulares tenían anejos hospicios, que ofrecían un asilo al pobre, un albergue al peregrino, y hospitales donde el desvalido enfermo encontraba consuelo y remedio? ¿Quién conozca, que para la instrucción y educación de los pueblos pueden mas los ejemplos que las palabras, y los hábitos que las leyes ¿podrá dudar que semejantes establecimientos, que eran como una lección continua y elocuente de amor y fraternidad, no ejercieran un eficazísimo influjo para suavizar las costumbres, hermanar los ánimos, y preparar días apacibles y venturosos? Quien no bendice entonces á la previsora y bondadosa Providencia que había dispuesto en beneficio de la humanidad, que las riquezas pararan á manos de aquellos hombres, que conservaban luz en su entendimiento, virtudes y ternura en su corazón? A no ser así ¿qué pudiera hacer la Iglesia en favor del pobre y del enfermo? ¿cómo pudiera enlazarse su nombre con el de ninguna fundación de establecimiento de beneficencia? ¡oh! ¡y como careciera de uno de los mas bellos adornos de su frente, en no pudiendo honrarse con el título de aliviadora de todas las desgracias!

IV.

CUANTO hayan contribuido á la formación y organización de la Europa moderna las riquezas de la Iglesia, bastante se ha manifestado en la série de consideraciones que acabo de emitir; pe-

ro está muy lejos de haberse agotado la materia, y penetrado con espíritu de observacion en aquellos tenebrosos tiempos, precediéndonos la antorcha de la filosofía en manos de la imparcialidad, aun podremos recoger otros hechos, que suministrarán abundante pábulo á profundas meditaciones, y estas nos conducirán naturalmente á descubrir otros puntos de vista tan nuevos, como vastos é interesantes.

Entraré en cuestion con toda libertad é independencia, ni será parte á embarazarme el que en algun punto de la mayor gravedad, haya de encontrarme en abierta oposicion con uno de aquellos hombres, que en tales materias, han llegado á ser para muchos un texto de irrecusable autoridad. Respeto el mérito donde quiera que le encuentre; y si es grande me admira y arrebatá; pero jamas he podido avenirme con ese apocamiento que en nosotros cunde con nombre de libertad, que proclama sin cesar ilimitada la independencia del pensamiento, y sin embargo no se atreve nunca á pensar por sí mismo, y á examinar las cosas de cerca, sino que defiriendo en las mas altas materias á la palabra de algunos autores, no se toma siquiera la pena de estudiarlas. ¡ Cosa notable! Muchos hombres se glorian de pensadores libres, solo porque no escuchan la voz de la Religion, y si bien se los observa, vese con toda claridad que su espíritu se arrastra servilmente en pos de la huella de otro hombre. A nosotros los católicos tambien nos gusta la libertad de pensar, pero la libertad bien entendida, la libertad que no traspasa las grandes leyes que Dios ha dictado á los espíritus; tambien nos place el surcar dilatados mares, el visitar nuevas playas, y sin que nos asusten los bramidos de la mar, seguimos atrevidamente nuevos rumbos y acometemos grandes viajes; pero sabemos que el piélagos es tormentoso, que á veces se cubre de espesas tinieblas, y que arrastradas las nubes por precipitadas corrientes, por furiosos huracanes, corren peligro de extravío y naufragio: por esto no soltamos jamas la brújula de la mano, y esta brújula es nuestra fé. Pero prosigamos, y perdone el lector la digresion, reflexionando, que cuando el pecho está lleno, rebosa.

El hecho histórico que voy á analizar nos descubrirá preciosas verdades sobre los beneficios proporcionados á la humanidad por la misma abundancia de riquezas de la Iglesia, nos dará una idea mas clara de la posicion en que ella se encontró, á causa del ca-

rácter y circunstancias de los pueblos que la rodean, y arrojará bastante luz sobre la legislacion canónica con respecto á los bienes, descubriendo la conveniencia y necesidad de ciertas disposiciones, que á algunos podrian parecerles demasiado terrenas. En el estudio del derecho tanto civil como canónico, es una excelente lumbrera la filosofía de la historia.

Se ha dicho que los Germanos llevaban consigo un vivo sentimiento de independencia personal, que no se hallaba en ninguna otra parte, ni en el Imperio ni en la Iglesia, ni en ninguna de las civilizaciones antiguas; sentimiento que depositado en el seno de la Europa, é inoculado con las costumbres de los pueblos, habia ejercido fuerte y saludable influencia en el desarrollo de la civilizacion. Si pedis que sobre el particular se os suministre algo que pueda fijar vuestra idea, ó que cuando menos se os traizen algunos rasgos característicos que os den á conocer ese sentimiento, se os advertirá ante todo, que nada ha quedado de las costumbres de los bárbaros, que ni un recuerdo de su estado social ha sobrevivido á tantos siglos, que nos vemos precisados á adivinar, á interpretar remotísimos monumentos históricos, á suplir con un atrevido esfuerzo de imaginacion lo mucho que nos falta para la esplicacion de aquel estado social; y luego se os añadirá que este sentimiento es el placer de la independencia individual, el placer de lanzarse con su fuerza y su libertad en medio de los lances y aventuras del mundo, los goces de una actividad sin trabajo, la inclinacion á una vida errante llena de imprevision, de desigualdad, de riesgos infinitos; que en esta necesidad imperiosa de independencia personal, habia algo de mas material, mas grosero de lo que nos presentan los cuadros trazados por M. Thierry; que dominaba en los bárbaros del Norte cierto grado de brutalidad, cierta propension á la embriaguez, cierta apatía; pero luego se os dirá con serenidad, que á pesar de esta confusa mezcla de brutalidad y de egoismo estúpido, se conoce que aquella pasion por la independencia individual, es un sentimiento noble cuyo poder se deriba totalmente de la parte superior de la naturaleza moral del mismo hombre, que es hija del placer de sentirse hombre, del orgullo de comprender toda su dignidad, del sentimiento y poder de su libre desembolvimiento en sus facultades.

A buen seguro que si con tan negras pinceladas se nos pinta

el principio fecundo de civilizacion, difícil se nos hará de creer que haya sido gérmen de hermosos resultados; y ni las civilizaciones antiguas ni el Imperio, ni la Iglesia se lo envidiarán á los bárbaros Germanos; y por cierto que todos los hombres que no se dejan deslumbrar por palabras, pensarán que todo lo que haya contribuido á contrariar el incremento y desarrollo de este gérmen, de este individualismo, habrá acarreado grandes beneficios á la sociedad y al individuo. Para conocer mejor este hecho, será necesario alumbrarle algun tanto, quitarle con la austeridad de la razon el velo poético que le encubre, y aclarando las ideas y fijando las palabras, andaremos con mas soltura, mas desembarazo, sin tanto riesgo de extravíos, tropiezos y caidas.

Ahora bien: ¿qué venia á ser este sentimiento? ¿era peculiar de aquellos pueblos, era un resultado de las influencias del clima, de una situacion social? ¿era tal vez un sentimiento, que se halle en todos lugares y tiempos pero modificado á la sazón por circunstancias particulares? ¿Cuál era su fuerza, cuál su tendencia, qué encerraba de justo ó de injusto, de noble ó degradante, de provechoso ó nocivo? ¿qué bienes llevó á la sociedad, qué males; y estos como se combatieron, por quién y por qué medios? con qué resultado? Muchas cuestiones hay encerradas aquí; pero no traen sin embargo la complicacion que pudiera parecer; aclarada una idea fundamental, las demas se desembolvan muy facilmente; y simplificada la teoría, vendrá luego la historia en su confirmacion y apoyo; y ¡quién lo dijera! al examinar todo esto nos encontraremos con las riquezas del Clero, y dispensando grandes beneficios al individuo y á la sociedad.

Hay en el fondo del corazon del hombre un sentimiento fuerte, vivo, indeleble que le inclina á conservarse, á evitarse males, y á procurarse bienestar y dicha. Llámesele amor propio, instituto de conservacion, deseo de la felicidad, anhelo de perfeccion, egoísmo, individualismo, llámesele como se quiera, el sentimiento existe; aquí dentro le tenemos, no podemos dudar de él; él nos acompaña en todos nuestros pasos, en todas nuestras acciones, desde que abrimos los ojos á la luz hasta que descendemos al sepulcro. Este sentimiento, si bien se le observa en su origen, naturaleza y objeto, no es mas que una gran ley de todos los seres, aplicada al hombre; ley que siendo una garantía de la conservacion y perfeccion de los individuos, contribuye de un modo ad-

mirable á la armonía del universo. Bien claro es, que semejante sentimiento nos ha de llevar naturalmente á aborrecer la opresion, y á experimentar un desagrado por cuanto tiende á embrazarnos, ó coartarnos el uso de nuestras facultades: la razon es obvia; todo esto nos causa un cierto malestar, y á semejante estado se opone nuestra naturaleza: hasta el niño mas tierno sufre ya de mala gana la ligadura que le embarga el libre movimiento, se enfada, forceja, llora.

Ademas, si por una ú otra causa no carece totalmente el individuo del conocimiento de sí mismo, si por poco que sea, han podido desarrollarse algun tanto sus facultades intelectuales; brotará en el fondo de su alma otro sentimiento, que nada tiene de comun con el instinto de conservacion que impele á todos los seres; otro sentimiento que pertenece esclusivamente á la inteligencia; hablo del sentimiento de dignidad; del aprecio, de la estimacion de sí mismos, de ese fuego que brota en el corazon en nuestra mas tierna infancia, y que nutrido, extendido y avivado con el pábulo que va suministrando el tiempo, es capaz de aquella fuerza prodigiosa, de aquella expansion que tan inquietos, tan activos, tan agitados nos trae en todos los períodos de nuestra vida. La sujecion de un hombre á otro hombre envuelve algo que hiere este sentimiento de dignidad; porque aun suponiendo esta sujecion conciliada con toda la libertad y suavidad posible, con todos los respetos á la persona sujeta, revela al menos á esta alguna flaqueza ó necesidad, que la obliga á dejarse cercenar algun tanto del libre uso de sus facultades: y hé aquí otro origen del sentimiento de independenciam personal.

Infiérese de lo que acabo de exponer, que el hombre lleva siempre consigo un amor á la independenciam, que este sentimiento es comun á todos tiempos y paises, y que no puede ser de otra manera, pues que hemos encontrado su raiz en dos sentimientos tan naturales al hombre, como son el deseo de bienestar, y el sentimiento de su dignidad.

Es evidente que en la infelicidad de situaciones física y moralmente diversas, en que puede encontrarse el individuo, las modificaciones de tales sentimientos podrán tambien variarse hasta lo infinito; y que estos, sin salir del círculo que les traza su esencia, tienen mucha latitud para que sean susceptibles de muy diferentes graduaciones, en energía ó debilidad, y para que sean morales ó

inmorales, justos ó injustos, nobles ó innobles, provechosos ó nocivos, y por consiguiente para que puedan comunicar al individuo á quien afectan mucha diversidad de inclinaciones, de hábitos y costumbres, dando así á la fisonomía de los pueblos rasgos muy diferentes, segun sea el modo particular y característico con que se hallan afectados los individuos. Aclaradas ya estas nociones, sin haber dejado nunca de la mano el corazón del hombre, queda también manifestado como deben resolverse todas las cuestiones generales que se habían ofrecido con relación al sentimiento de individualismo, echándose de ver también, que no es menester recurrir á palabras misteriosas, ni á explicaciones poéticas, porque nada hay aquí, que no pueda sujetarse á rigoroso análisis.

Las ideas que el hombre se forme de su bienestar y dignidad, y los medios de que disponga para alcanzar aquel y conservar esta; hé aquí, lo que graduará la fuerza, determinará la naturaleza, fijará el carácter, y señalará la tendencia de todos estos sentimientos; es decir, que todo esto dependerá del estado físico y moral en que se hallen la sociedad y el individuo. Y aun en igualdad de todas las demás circunstancias, dad al hombre las verdaderas ideas de su bienestar y dignidad, tales como las enseñan la razón, y sobre todo la Religión cristiana, y formaréis un buen ciudadano: dádselas equivocadas, exageradas, absurdas, tales como las explican escuelas perversas, y como las propalan los tribunos de todos tiempos y países, y sembraréis abundante semilla de turbulencias y desastres.

Falta ahora hacer una aplicación de esta doctrina, para que concretándonos al objeto que nos ocupa, podamos manifestar en toda claridad el punto principal que nos hemos propuesto: que por cierto no deja de ser muy interesante el modo con que figuran bajo este aspecto las riquezas del Clero.

Si fijamos nuestra atención sobre los pueblos que invadieron y derribaron el Imperio Romano, ateniéndonos á los rasgos que sobre ellos nos ha conservado la historia, á lo que de sí arrojan las mismas circunstancias en que se encontraban, y á lo que en esta materia ha podido enseñar á la ciencia moderna, la inmediata observación de algunos pueblos de América, no nos será imposible formarnos alguna idea de cual era entre los bárbaros invasores el estado de la sociedad y del individuo. Situados los bár-

baros en su país natal, en medio de sus montes y bosques cubiertos de nieve y de escarcha, tenían también sus lazos de familia, sus relaciones de parentesco, su religión, sus tradiciones, sus hábitos, sus costumbres, su apego al propio suelo, su amor á la independencia de la patria, su entusiasmo por las hazañas de sus mayores, su amor á la gloria adquirida en el combate, su anhelo de perpetuar en sus hijos una raza robusta, valiente y libre, sus distinciones de familias, sus divisiones en tribus, sus sacerdotes, sus caudillos, su gobierno. Sin que sea menester entrar ahora en cuestión sobre el carácter que entre ellos tenían las formas de gobierno, y dando de mano á cuanto pudiera decirse sobre su monarquía, asambleas públicas y otros puntos semejantes; cuestiones todas que á mas de ser ajenas de este lugar, llevan siempre consigo mucho de imaginario, é hipotético; me contentaré con observar lo que para todos los lectores será incontestable, y es, que la organización de la sociedad era entre ellos, cual debía esperarse de ideas rudas y superticiosas, usos groseros, y costumbres feroces: es decir, que su estado social no se elevaba sobre aquel nivel, que naturalmente debían haberle señalado tan imperiosas necesidades como son, el que no se convirtieran en absoluto caos sus bosques, y que á la hora del combate no marcharan sin alguna cabeza y guía sus confusos pelotones.

Nacidos aquellos pueblos en climas destemplados y rigurosos, embarazándose y estrechándose unos á otros por su asombrosa multiplicación, escasos por lo mismo de medios de subsistencia, y teniendo á la vista la abundancia y comodidades con que los brindaban espaciosas y cultivadas comarcas, sentíanse á la vez acosados de grandes necesidades, y estimulados vivamente por la presencia y cercanía de la presa; y como que no veían otro dique que las flacas legiones de una civilización muella y caduca, sintiéndose ellos robustos de cuerpo, esforzados y briosos de ánimo, y alentados por su misma muchedumbre, despegábanse fácilmente de su país natal, desenvolvíase en su pecho el espíritu emprendador, y se precipitaban impetuosos sobre el Imperio, como un torrente que se despeña de un alto risco inundando las llanuras vecinas.

Por imperfecto que fuera su estado social, por groseros que fueran los lazos de que estaba formado, bastábales sin embargo á ellos en su país natal, y en sus costumbres primitivas; y si los